

El 28 de febrero de 1938 salimos de Hong Kong en el *Tai-shan*, un barco fluvial, con destino a Cantón.

En esa época había dos rutas alternativas para ir a Cantón: la fluvial o el ferrocarril de Kowloon-Cantón. Los aviones japoneses, con base en un portaaviones fondeado cerca de Macao, bombardeaban casi todos los días el ferrocarril, pero los ataques apenas interrumpían el tráfico ferroviario. La mayoría de las bombas no daban en el blanco. Si la vía sufría daños, grupos de culíes que trabajaban a increíble velocidad, la reparaban en cuestión de horas. Los barcos fluviales, de propiedad británica, nunca fueron bombardeados.

Era una mañana estupenda, cálida y húmeda. Desayunamos a bordo y nos apresuramos a salir a cubierta para no perdernos las sensacionales vistas que nos habían prometido. Unos amigos de Hong Kong, que habían hecho el viaje, nos habían contado que a veces los aviones japoneses, al regresar de un ataque, volaban bajo sobre el *Tai-Shan* y apuntaban a los pasajeros con los cañones en plan de burla. También cabía la posibilidad de que viésemos a los barcos de guerra japoneses enfrascados en un duelo de artillería con los fortines del estrecho de Bocca Tigris. ¡Ojalá pudiésemos hacer fotos! Estábamos decididos a intentarlo, a pesar de los letreros prohibiendo las cámaras que habíamos leído en el comedor: «En este momento crítico del país, cualquier acción que se

pueda considerar inconveniente o susceptible de interpretaciones sospechosas...».

Cuando se entra en un país sacudido por la guerra como observador neutral, la primera impresión tiende a ser como de un sueño, irreal. Por otro lado, un viaje tan lleno de contrastes, desde el Londres envuelto en el invierno de enero al Hong Kong sumido en el febrero tropical, tenía el carácter de un sueño, a veces pesado, y a veces extraordinario y hermoso. Nos habíamos convencido mutuamente de que, cuando despertásemos en Hong Kong, todo sería verdad. Pero no despertamos, sino que el sueño cambió. El nuevo sueño era más confuso que el anterior, menos sosegado, y un poco inquietante. Consistía en cenas ante largas mesas y reuniones con personajes de grotesca fama asiduos de los periódicos: el embajador británico, el gobernador, sir Victor Sasoon. Vivíamos en una vorágine continua, poniéndonos el esmoquin a toda prisa o llamando taxis para cumplir con compromisos a los que invariablemente llegábamos tarde. Y al igual que los soñadores, siempre nos importunaban: escuchábamos medio aturdidos instrucciones o consejos que, como muy bien sabíamos, no podríamos recordar a la mañana siguiente. También nos hacían advertencias, algunas tan fantásticas como las pesadillas: «No se mezclen con las multitudes chinas o contraerán el tifus». «No salgan a pasear solos o los confundirán con espías y los matarán a tiros.»

En aquel momento, mientras el *Tai-Shan* salía del puerto y se dirigía hacia la gran roca encalada que señala la desembocadura del Río del Oeste, nos esforzamos de nuevo por salir del sueño. «Aquí estamos —dijo Auden—. Ahora empieza todo.»

Allí estábamos, deslizándonos hacia el estuario del extenso y tranquilo río, alejándonos de las cenas, las películas americanas, la estatua de la reina Victoria en la protegida isla británica, adentrándonos por el oeste en una China peligrosa e impredecible, abatida por la guerra. Aquel “todo” (fuese lo que fuese) iba a empezar. Ya no se trataba de un sueño ni éramos niños jugando a los indios. Éramos corresponsales de guerra adultos, aunque sin experiencia, e íbamos a asumir nues-

tras responsabilidades. Pero de momento, sólo sentíamos una irreflexiva e intensa emoción de colegiales. Observamos las riberas del río ávidamente, esperando ver en ellas montones de bayonetas enemigas.

—¡Fíjate! ¡Una cañonera japonesa!

Allí estaba, sumida en un sospechoso silencio y fondeada a la derecha de nuestra ruta. Pasamos muy cerca de ella. Vimos los rostros de los tripulantes en la cubierta, limpiando las miras de un cañón. El aislamiento total de aquellos hombres en su pequeñísima isla de acero resultaba casi patético. Sometidos a una cuarentena de odio, como víctimas de una enfermedad infecciosa, vivían excluidos, repudiados por el río sereno y saludable y por la clara cordura del cielo. Eran como algo contrario a la naturaleza, perverso, como un fenómeno extraño. Absortos en sus tareas, apenas nos miraron, y eso fue lo más raro y antinatural de todo. Así es la guerra, pensé: dos barcos pasan uno junto al otro y nadie levanta una mano para saludar.

El río se estrechaba. Estábamos en los fortines de Bocca Tigris. Alineados en la fértil ribera, surgiendo de las profundas aguas doradas en sus frondosas islas, parecían desiertos, inofensivos y pintorescos como las ruinas de una batalla acontecida un siglo antes. Costaba trabajo creer que estaban equipados con armas modernas que infligían considerables daños a los barcos japoneses. Detrás de ellos, en medio del río, se alzaba una colina gris en forma de tortuga marina. Los marineros empezaron a hacer sondeos. Un joven periodista americano nos explicó que a veces los barcos encallaban allí. Durante la conversación, comentó que iba a bordo del *Panay* cuando se produjo el incidente<sup>1</sup>. Emocionados y con los ojos como platos, estábamos pendientes de todas sus palabras, pero el joven se sentía aburrido y cansado, añoraba su país y estaba harto de China y de la guerra. Pensaba darle a Cantón una última oportunidad. Si en el plazo de dos semanas no conseguía una buena historia, haría todo lo posible por regresar a

1. El incidente del *Panay* se produjo cuando los japoneses atacaron, al parecer por error, la cañonera estadounidense *Panay* fondeada en el río Yangtsé, el 12 de diciembre de 1937. Murieron tres personas y hubo cuarenta y ocho heridos, entre marineros y civiles.

Estados Unidos. Nos retiramos, pues no queríamos importunarlo más, y nos dedicamos a contemplarlo a respetuosa distancia, con gran admiración. Un periodista decepcionado es el Byron, el Hamlet romántico de nuestro mundo moderno.

Hacía mucho calor. Cerca de Cantón el paisaje nos recordó el valle del Severn: había sauces y árboles frutales, una antigua casa de campo rodeada por un jardín amurallado tenía la tristeza y el encanto de una finca inglesa hipotecada. Grandes juncos pasaban a nuestro lado. Parecían galeones isabelinos, alzándose imponentes sobre el agua, con su aire arquitectónico, profusamente tallados e inestables. Iban atestados de pasajeros y daba la impresión de que navegaban hacia atrás. Incluso una pequeña cañonera verde se nos antojó inconfundiblemente china, con sus esbeltas y elevadas chimeneas: no era tanto un barco de guerra como una especie de exótico escarabajo de agua. En la cubierta de un vapor inglés un hombre con pantalones blancos practicaba golpes con un palo de golf. Los almacenes se apiñaban en las orillas: muchos tenían banderas inglesas, esvásticas o las barras y estrellas de la enseña americana pintadas en los tejados. Imaginamos una tira cómica de un concienzudo observador japonés contemplando desde un bombardero una selva de banderas neutrales y divisando al fin una desprotegida parcelita china: «¿Creen que podríamos arrojar una bomba pequeña allí, justo allí?», pregunta.

Cantón tiene dos semirrascacielos que a primera vista, desde cierta distancia, parecen elevarse sobre los campos. Junto a los embarcaderos el río estaba plagado de lanchas, sampanes y esquifes que crujían y tropezaban en una especie de irremediable atasco de tráfico. Nuestro vapor se abrió camino pacientemente entre ellas hasta la orilla. En los sampanes navegaban a menudo familias enteras de hombres, mujeres y niños, cada uno de los cuales remaba con furia en una dirección distinta, sin dejar de gritar. Conseguimos descender por la pasarela a codazos y cruzar el muelle entre una muchedumbre de policías, funcionarios de aduanas, viajeros, porteadores y espectadores hasta que llegamos al fin al coche que nos esperaba y que el cónsul general británico había tenido la amabilidad de enviar.

El consulado británico se encuentra en la zona de concesión extranjera, en la isla fluvial de Shamian. Por una vez tuvimos que reconocer, recordando los horrores de Colombo, Singapur y Hong Kong, que los ingleses habían tenido bastante buen gusto. Shamian es preciosa: sus casas están bien proporcionadas y no resultan pretenciosas; tienen amplias y elegantes galerías y terrazas, y hay una espaciosa avenida central con césped y árboles. Se cruza la isla por un estrecho puente reforzado con sacos de arena; y está fuertemente protegida, por el temor de los extranjeros a que una avalancha de chinos irrumpa en la concesión en caso de un ataque aéreo a gran escala o de una invasión japonesa. Las cañoneras británicas y estadounidenses vigilaban la costa exterior. Las tripulaciones jugaban al fútbol: hombres peludos de piel rosada y poderosos traseros que debían de ser como gigantes violentos y zafios para los esbeltos espectadores cantoneses de cintura de avispa, con sus posturas de flores mustias y sus sonrisas brillantes y tímidas.

Nos íbamos a alojar en Paak Hok Tung, un pueblo a menos de un kilómetro río abajo. Los misioneros ingleses y americanos habían establecido allí un asentamiento. Caminar por el pulcro sendero entre campos de deporte, escuelas y jardines de casas de campo, es como sentirse en casa, en una de las urbanizaciones más agradables de Londres. Y en un bonito y refinado salón de casa de campo nos ofrecieron té nuestros anfitriones misioneros. ¿Habíamos tenido buen viaje? Sí, gracias, muy bueno. ¿Algún problema en la aduana? Sí, por desgracia: Auden tuvo que pagar treinta dólares de impuestos por su cámara. ¡Oh, qué fastidio!, pero los recuperará. ¿Siempre hacía tanto calor en esa época del año? No, no siempre. Cinco días antes, había hecho bastante frío.

Se oía una sucesión de ruidos sordos y pesados, procedentes de algún lugar situado al otro lado del río; más que oírse, se sentían. Y luego, sutil y característico, el zumbido de un mosquito abalanzándose sobre el rostro de alguien en la oscuridad. Aunque no se trataba de un mosquito. Más golpes sordos. Miré a los demás. ¿Acaso no los habían notado? Me aclaré la garganta y pregunté en el tono más natural que pude:

—¿Se trata acaso de un ataque aéreo?

Nuestra anfitriona apartó la vista de la bandeja del té y sonrió.

—Sí, eso parece. Suelen venir a esta hora casi todas las tardes...

¿Quiere azúcar y leche?

Sí, tomé ambas cosas y también un pedazo de bizcocho con pasas casero para disimular mi desconsiderada emoción. En cambio, Auden permanecía tan tranquilo, hablando sobre el Movimiento Grupal. Él había estado en España. Mis ojos recorrieron la encantadora estancia y se fijaron en las tazas de té, la fuente de madalenas, la librería con los ensayos de Chesterton y los poemas de Kipling, la fotografía enmarcada de un *college* de Oxford. Mi cerebro intentó relacionar aquellas imágenes con los ruidos del exterior: el silbido del bombardero al descender en picado y el estruendo lejano de las explosiones. «Comprende —me dije a mí mismo— que esos ruidos, estos objetos forman parte de una escena única e integrada. Despierta. Todo es real.» Y en ese momento desperté de verdad. En ese momento, llegué a China.

—Ya se marchan —me dijo nuestra anfitriona, adoptando el tono amable de alguien que desea tranquilizar a un niño nervioso durante una tormenta—. No suelen estar mucho tiempo.

Después del té, ella y yo salimos a pasear. Estaba anocheciendo. Subimos a una colina situada detrás del pueblo, desde la que se veía el valle de Cantón. A nuestros pies se extendía la gran ciudad y nos rodeaban, envueltas en la luz del crepúsculo, las enigmáticas y boscosas llanuras de Guangdong. En el horizonte unas montañas en miniatura alzaban sus pequeñas cimas que parecían sombreros. Era el paisaje de *Alicia a través del espejo*. Allí se podía emprender una caminata a lo Lewis Carroll y encontrar inesperadamente a la gente más rara haciendo las tareas más insólitas: dos ancianos que pretendían meter una rata en una botella o una mujer colando agua con un cernidor. Sin embargo, si uno preguntaba por el propósito de tan desquiciadas ocupaciones, vería sin duda que eran eminentemente prácticas y sensatas. Como nos habían advertido, los chinos no hacen nada sin una excelente razón.

Cuando regresábamos a la casa, nuestra anfitriona habló de los alumnos del seminario teológico de Paak Hok Tung. Comentó que la enseñanza de la teología cristiana (y oíríamos lo mismo de boca de otros muchos misioneros) es una cuestión difícil en China. Los motivos que llevan a los estudiantes chinos a la escuela de la misión occidental son diversos. Desde el punto de vista material, tienen mucho que ganar: conocimiento de un idioma europeo, iniciación en las costumbres occidentales y la posibilidad de un buen trabajo. Desde la conversión de Chiang Kai-shek, el cristianismo está de moda políticamente y lo estará aún más en el futuro, si el presente régimen sobrevive a la guerra.

Y aunque el estudiante tenga intenciones serias, sin duda le costará asimilar la teología cristiana. A la mentalidad china no le atraen los mitos. Le preocupa la ética práctica. Quiere que le ofrezcan las siete reglas de la Buena Vida. Le interesa mucho más este mundo que las promesas del próximo. Y por tanto, esos jóvenes (aunque adquieran rápidamente la técnica teológica y respondan con acierto a las preguntas de sus profesores) tienden, posteriormente, a caer en el paganismo filosófico.

A nuestros anfitriones los había decepcionado la actitud de los jóvenes intelectuales cantoneses con respecto a la guerra. Antes del inicio de la contienda, habían encabezado la propaganda antijaponesa y exigido el uso de la fuerza. Pero en ese momento pocos estaban dispuestos a ir a las trincheras. «Ésta es una guerra de culíes —decían—. Nuestro trabajo consiste en educarnos para emprender la reconstrucción que vendrá después.» No obstante, hay mucho que decir a favor de los estudiantes. China no puede permitirse el lujo de sacrificar su clase educada, comparativamente reducida. Y debemos recordar que, para los cantoneses, el escenario de la guerra se hallaba a miles de kilómetros de distancia, en una zona habitada por gentes cuyo idioma ni siquiera entendían.

Al día siguiente nos despertaron ruidos confusos: las lejanas explosiones del ataque aéreo matutino y los acordes del armonio de nuestro anfitrión en la capilla de al lado. Después del desayuno nos dirigimos

a la ciudad. El cónsul general nos había prestado un coche para que hiciésemos una visita oficial al alcalde, el señor Tsang Yan-fu. Se trataba de nuestra primera entrevista profesional y teníamos gran interés en no hacer el ridículo. Sentados, con orgullo pero nerviosos, detrás del chófer del consulado, con la bandera británica ondeando en el capó, pensamos en las preguntas que debíamos formular. Las calles quedaban atrás, unas occidentalizadas y otras genuinamente chinas, decoradas con banderines comerciales de escritura longitudinal, dorados, escarlata y blancos, que dan a todas las ciudades del país un aire de estar *en fête* permanente. Había muchísima gente; las carreteras estaban atestadas de peatones, *rickshaws* y carros. Apenas vimos daños causados por los ataques aéreos. Los japoneses llevaban varios meses sin arrojar bombas en el centro de la ciudad; se limitaban a atacar las estaciones ferroviarias, el campo de aviación y las afueras. Había pilas de sacos de arena en la entrada de los principales hoteles.

La alcaldía era un enorme edificio, protegido por muchachos con pistolas automáticas. Los centinelas respondieron a nuestras tímidas sonrisas con la mirada inexpresiva de la idiotez armada, típica de las tropas demasiado jóvenes. Como la mayoría de los soldados que habíamos visto en las calles, no aparentaban más de quince años.

El señor Tsang Yan-Fu nos recibió en su despacho privado, a solas. Vestía el sencillo y favorecedor uniforme azul de los funcionarios del gobierno, sin medallas ni galones, parecido al traje de un chófer inglés. Una inmensa sonrisa iluminaba permanentemente el rostro redondo y afable del alcalde, como un melón al que se le hubiese cortado una rodaja. Casi no tuvimos que entrevistarle, pues se entrevistó a sí mismo, sin dejar de reír:

—Nosotros no queremos luchar contra los japoneses. ¡Son los japoneses los que quieren luchar contra nosotros! ¡Ja, ja, ja! Japón muy estúpido. Al principio quería ser la potencia número *tres*. Luego, la número *dos*. Después, la número *uno*. Japón es país industrial. Supongan que vamos a Japón, soltamos bombas y ¡bum! Muy mal para los japoneses, ¿verdad? Los japoneses vienen a China. China es país agrícola. Los japoneses sueltan bombas, ¡bum! Y revientan la tierra, con lo



cual a los chinos les resulta más fácil ararla. Sí, muere mucha gente. Una crueldad. Pero sobra gente, ¿no? ¡Ja, ja, ja!

En aquel momento nos interrumpió el ruido ensordecedor de las sirenas antiaéreas. Estaban al otro lado de la ventana. El señor Tsang se volvió casi ininteligible a causa del regocijo; mientras se sacudía con la risa violentamente en su sillón, dijo:

—¿Lo ven? ¡Los japoneses echan bombas sobre nuestras cabezas! Estamos aquí sentados, fumando nuestros cigarrillos. ¡No nos asustan! ¡Vamos a tomar el té!

Pero en esa ocasión los atacantes no llegaron a Cantón. Sufrimos una decepción porque esperábamos ver el lujoso refugio subterráneo del alcalde que, al parecer, era una de las maravillas de la ciudad. Auden hizo algunas fotografías, para las que posó el señor Tsang amablemente y, tras inclinarnos con respeto, salimos de su despacho.

Nos caía bien el señor Tsang. La suya era la típica actitud de los chinos ante los japoneses, sin duda un ejemplo para Occidente, con sus sombríos himnos de odio y los gritos de «asesinos de niños», «hunos» y «enemigos infrahumanos». Coincidimos en que los países cultos y pacíficos deberían adoptar aquel tono burlón y amable a la hora de lanzar la propaganda contra un enemigo brutal y advenedizo. El humor del señor Tsang, debidamente enfocado, ganaría a China muchos partidarios en el extranjero.

Esa noche acudimos a una cena a la que también habían sido invitados un coronel chino y su esposa. El coronel resultaba bastante enigmático; su actitud comunicativa y su fluido inglés americano escondían tantos secretos como la tradicional reticencia de Oriente. «Tiene usted una casa preciosa, reverendo. Sencilla pero bonita... Disculpe que le pregunte, ¿cuánto le ha costado ese armario?» Estaba dispuesto a hablar de cualquier tema: la música china, la guerra, su esposa. Los habían comprometido cuando tenían dos años puesto que los padres de ambos eran amigos y deseaban perpetuar el recuerdo de su amistad. El coronel no había visto a su prometida desde la niñez hasta los veintiséis años, cuando regresó de Rusia y se casaron. «Entonces, ¿aquí no hay matrimonios por amor?», preguntó una dama con menos tacto del que sue-

len tener los ingleses. «Sin embargo, ha tenido usted mucha suerte», se apresuró a decir nuestra anfitriona. El coronel inclinó la cabeza y respondió: «Gracias, señora».

A continuación, nos informó de que Cantón contaba con un considerable número de aviones de caza. En las dos semanas anteriores, habían derribado a once japoneses. El gobierno ofreció recompensas a los que abatiesen aviones y, a resultas de ello, la defensa antiaérea se había convertido en un deporte local, como la caza de patos. Cuando se acercaban los aviones, todo el mundo disparaba sin tregua, incluso los granjeros con sus trabucos desde los campos. Un piloto japonés, que volaba demasiado bajo, había sido derribado por un mortero de cien años de antigüedad tirado en un basurero. En otra ocasión, cuando dos japos hicieron un aterrizaje forzoso, los campesinos les tendieron una emboscada y habían estado a punto de incautarse de uno de los aviones en perfecto estado si no fuera porque un tercer japo descendió y lo destruyó con una bomba.

Durante la cena el coronel nos entretuvo sin ayuda de nadie. Nos contó que, en el transcurso de una visita a Londres, paseaba por Limehouse cuando vio un anuncio en chino: «Excelente opio recién llegado de Yunnan», ostentadamente colocado en un portal ante las narices de un policía que hacía la ronda. Lo sabía todo de cocina y enseñó a nuestra anfitriona a preparar el pescado. Nos aseguró que se podía degustar perro asado y que el vino de serpiente curaba el reumatismo, y nos invitó a todos a ir a su casa a probar huevos centenarios.

El coronel era también un destacado cantante. Después de la cena lo convencieron, sin demasiado esfuerzo, para que nos deleitase. Explicó que en la ópera china hay varios estilos de canto, adaptados a los diferentes personajes del repertorio, y se ofreció a darnos algunos ejemplos. El héroe romántico emite un sonido similar a un gato noctámbulo, la heroína un fino falsete nasal; el bandido asusta un poco, el volumen de voz es escaso, pero su empeño haría palidecer al propio Caruso. Ante nuestros fascinados ojos el rostro del coronel mudó del amarillo al morado y del morado al negro, mientras sus venas se hinchaban como cuerdas. Cuando parecía que se iba a hacer muchísimo daño, estalló en

carcajadas, señalando a su plácida esposa, que lo observaba detrás de las gafas, con un gesto de cómica indignación: «¿Cómo puedo cantar si me mira con esa cara?», exclamó.

Al día siguiente nos habían invitado a comer con el general Wu Teh-chen, ex alcalde de Shanghai y en ese momento gobernador de la provincia de Guangdong.

El general Wu vivía en las afueras de la ciudad, en una cómoda pero poco ostentosa casa de campo de cemento. El señor Tong, secretario del gobernador, nos recibió en el vestíbulo: era un hombre sonriente de cara redonda, tan amable y educado que costaba reprimir las ganas de acariciarle la mejilla y darle un terrón de azúcar. Nos dijo que el gobernador bajaría enseguida y nos presentó a media docena de invitados, tanto ingleses como chinos. Un joven moreno, de aspecto eficiente, con uniforme azul resultó ser el señor Percy Chen<sup>2</sup>, cuyo libro sobre las primeras fases de la guerra habíamos leído en Hong Kong. (Nos había gustado especialmente una frase del libro en la que el autor comentaba el incidente del puente de Marco Polo: «Poco antes de la medianoche, las maniobras adquirieron realismo y ambos bandos utilizaron fuego real». Sin duda, nunca se ha descrito con mayor tacto el estallido de una guerra).

El señor Chen hablaba inglés perfectamente. Había ejercido como abogado del Middle Temple londinense y había vivido ocho años en Rusia. Como él mismo confesó, gran parte de su vida había transcurrido en otros países, hasta el punto de que se consideraba casi un extranjero en China. Era muy crítico con la estrategia japonesa. Según él, no había coordinación entre los diferentes mandos y divisiones enteras avanzaban a menudo sin recibir órdenes. Los chinos presentes estaban deseando saber qué pensábamos de la dimisión del

2. Percy Chen (1901-1986), nació en Trinidad, en el seno de una adinerada familia de origen chino. Estudió en el University College de Londres y se estableció en Hong Kong, donde ejerció la abogacía. Isherwood se refiere a su libro *The Sino-Japanese War, 1937: An Account of Military Operations* (1937). En 1979 publicó sus interesantes memorias, *China Called Me: My Life inside the Chinese Revolution*.

señor Eden<sup>3</sup> y de su posible efecto sobre la política exterior británica en Extremo Oriente.

En ese momento entró el general Wu y fuimos presentados. El gobernador era un hombre corpulento, que llevaba un uniforme marrón flojo, y tenía una actitud desenvuelta e informal. Sus ojos, tras unas gafas con montura de asta, eran firmes y a veces mostraban desconcerto. Habló sin titubear, escogiendo con tino las palabras y mirando a toda la concurrencia, como si buscase apoyo: «La guerra es la mayor aberración que ha sufrido China. La gente pierde sus casas y se marcha. Pero eso los convierte en nación. Es lo único que China saca en limpio de la guerra... Después de la guerra, los banqueros invertirán el dinero en los países».

Nos dirigimos al comedor sin dejar de hablar; no parecía haber un orden especial de precedencia. Semejante informalidad, si bien resultaba admirable, nos decepcionó un poco. Tanto Auden como yo seguíamos anclados en las tradiciones de *The Chinese Bungalow*<sup>4</sup>. Incluso ensayamos la escena de antemano y preparamos los saludos y los discursos adecuados. El gobernador debería haber dicho: «Mi pobre casa se siente honrada», a lo cual responderíamos nosotros: «Nuestros pies no merecen pisar vuestro honorable umbral». Tras eso, si el gobernador conociese su papel tendría que replicar: «Aunque mi umbral fuese de oro, no estaría a la altura de vuestros distinguidos zapatos». Y así sucesivamente. Sin embargo, tal vez fuera una suerte que el general Wu no estuviese familiarizado con las sutilezas del teatro chino-europeo o nunca habríamos llegado a la mesa.

La primera impresión de una mesa dispuesta para una comida china no sugiere la idea de comer en absoluto. Parece más bien como si se estuviese contemplando un concurso de acuarelas. Los palillos, colocados unos al lado de otros, se asemejan a pinceles. Los cuadros son

3. Sir Anthony Eden (1897-1977) dimitió en 1938 de su cargo de secretario del Foreign Office por su radical desacuerdo con la política de apaciguamiento frente a los alemanes del primer ministro Chamberlain.

4. Obra teatral de Marion Wallace Osmond llevada al cine en 1926, 1940 y 1956. Trata de las tribulaciones de un mandarín que se casa con una inglesa.

los platillos de salsas rojas, verdes y marrones. Las tazas de té, con sus tapas, podrían muy bien contener las témperas. Incluso hay una especie de minúscula gamuza de pintor con la que se limpian los palillos.

Empezamos la comida limpi ndonos las manos y la cara con toallas húmedas calientes. (Estas toallas son tal vez la mayor contribución de China a la técnica de las comodidades materiales; deberían introducirse en Occidente). Luego, viene la comida. Se sirve en un orden no reconocible: el pescado no necesariamente sigue a la sopa ni precede a la carne. El invitado no puede predecir la duración de la comida. Su plato favorito aparecerá a lo mejor al final, cuando está demasiado lleno para probarlo. Los manjares de los *hors-d'oeuvre* permanecen en la mesa todo el tiempo, lo cual también recuerda la pintura, ya que los comensales los mezclan continuamente con la comida para obtener diferentes combinaciones.

Ese día teníamos sopa de aleta de tiburón (una de las sopas más exquisitas del mundo, a la altura de la minestrone o del *borsch*<sup>5</sup>), langosta, pollo, arroz y pescado. La bebida, servida en pequeñas teteras de metal, se parecía al *Korn* o al *Bols*<sup>6</sup>, y se había elaborado con pétalos de rosas y maíz. El gobernador tuvo el detalle de proporcionarnos cuchillos y tenedores, pero los rechazamos. Ya habíamos comido con palillos en Hong Kong y estábamos deseando practicar. En China no es de mala educación dejar la comida en la mesa. Cuando aparece un nuevo plato, el anfitrión lo señala con un palillo, como un comandante de caballería que indica con el sable la posición de los enemigos, y empieza el ataque. Esta mezcolanza, tan informal aunque escrupulosamente cortés, es el mayor encanto de las comidas chinas, y ni siquiera los mejores expertos se ven libres de ciertas complicaciones. Uno de los invitados ingleses me estaba enseñando a pinchar una croqueta de langostino cuando se le cayó sobre la alfombra. Le evitó la vergüenza el señor Tong, que se apresur  a decir: «¡Ah, ese langostino está vivo!».

5. Sopa de verduras de origen ucraniano, cuya base es la raíz de la remolacha. Se toma caliente o fría.

6. El *Korn* es un t pico aguardiente alemán de maíz. *Bols* es una marca registrada holandesa de bebidas alcohólicas, entre las que destacan la crema de cacao y la ginebra.

Tras el vino de arroz caliente tomamos ginebra de pétalos de rosa. El gobernador alzó su vaso ante nosotros: «¡Bienvenidos a China!». El ministro de agricultura, sentado junto a Auden, habló luego del problema del arroz. Antes de la guerra gran parte del arroz consumido en la provincia de Guangdong era importado. En aquel momento había escasez porque los japoneses habían ocupado las zonas de cultivo. Por ello, el gobernador animaba a los cantoneses a utilizar batatas como sustitutivo. Se había publicado un libro de cocina de guerra, en el que se explicaba lo que se podía hacer con la comida disponible. También se habían instituido días del recuerdo en los que no se podía comer arroz. Originariamente, estos días conmemoraban ciertas fechas importantes de la guerra chino-japonesa, empezando con la invasión de Manchuria, pero el gobernador decidió que eran muy difíciles de recordar. Por tanto, la prohibición de consumir arroz se imponía cada cinco días. Además, para impedir la propagación del beriberi, se había prohibido la venta de arroz blanco.

Al gobernador y al ministro les interesaba mucho la educación rural. Según el general Wu las escuelas de la región no pretendían animar a los alumnos a emigrar a las ciudades, sino convertirlos en granjeros buenos y satisfechos. Auden, que esa mañana había leído en un periódico local que los granjeros habían atacado un nuevo centro agrícola, preguntó si los campesinos en general se negaban a la introducción de métodos de cultivo científicos. El gobernador negó tal cosa:

—Pero no podemos esperar que vengan a nosotros —dijo—, sino que debemos ir nosotros a ellos.

Alguien mencionó el discurso de Hitler en el Reichstag.

—Creo que Alemania es muy estúpida —comentó el general Wu—. Dice que Japón se defiende del bolchevismo y que, si Japón no luchase, China se volvería comunista. Pero Alemania se equivoca. China no se hará comunista. Sin embargo, si la guerra continúa mucho tiempo, Japón se hará bolchevique. China tiene cuatrocientos millones de habitantes, y Japón cien millones, pero hay más agitadores comunistas en Japón que en toda China.

—¿Cree usted que el comunismo es imposible en China? —preguntó Auden.

—China es un país agrícola. Tengo mil acres y diez hijos. Ellos sólo tienen cien acres. En China no hay grandes terratenientes. Cada chino debe poseer una casa y casarse, porque entonces la sociedad lo respeta.

En ese momento un criado interrumpió al general con el mensaje de que los japoneses estaban atacando la estación ferroviaria próxima a la frontera entre Guangdong y los Nuevos Territorios.

—La mente japonesa es muy rara —comentó—. Podrían tenerlo todo sin guerra, pero se empeñan en hacer la guerra. Japón no piensa como los demás países... ¿No podría Gran Bretaña detener esta guerra? —preguntó, dirigiéndose a nosotros.

Sí, afirmamos, podría, pero ¿iba a hacerlo? Ah... Se produjo un incómodo silencio. Luego, el gobernador indicó con gran tacto que la comida había terminado.

Dedicamos los dos días siguientes fundamentalmente a ir de compras y a pasear por la ciudad. No nos cansábamos de caminar por las calles; había mucho que ver. Los establecimientos más numerosos eran las barberías y las boticas, en cuyos escaparates se exhibían cuernos de ciervo (para curar la impotencia) y extrañas raíces retorcidas, como las de la mandrágora, en estuches de cristal. Había estafalarios letreros en inglés: “Coches Vida Nueva”, “Asociación de personas que duermen en la calle”, “Sociedad Limitada de Protección Sanguínea”. Las tiendas de comestibles nos fascinaban. Auden contempló horrorizado los escarabajos negros y yo los cilindros que contenían serpientes marinas vivas. Comenté que si tuviera que comer serpiente, me volvería loco. Auden prometió engañarme y hacer que la comiese a la primera ocasión.

En torno a nosotros se aglomeraban los cantoneses, con sus pantalones flojos y claros; eran personas menudas, alegres, elegantes, y de gran belleza física. Las jóvenes preocupadas por la moda llevaban los cabellos rizados y permanentados, lo cual no les sentaba nada bien. Algunos niños lucían brillantes chaquetas de color escarlata y gorras

de jockey multicolores; sus nalgas desnudas, que dejaban al descubierto los pantalones rotos, estaban manchadas de tierra. Nos fijamos en algunos rostros infantiles maquillados y pintados; nos dijeron que lo hacían a veces para celebrar los cumpleaños de los niños.

Por consejo de nuestros anfitriones compramos dos camas de campaña con mosquiteras, las doblamos y las guardamos en sacos de lona. En otro gran saco teníamos las sábanas y también podíamos utilizarlo para nuestra ropa. Posteriormente, las camas fueron de inestimable valor. (En la actualidad decoran un albergue de caridad en algún lugar de Nueva York).

También nos hicimos tarjetas de visita en inglés y en chino. Sin tarjetas resultaba extremadamente difícil viajar por China. Un amigo de Hong Kong tradujo nuestros nombres al chino fonético: Au Dung e Y Hsiao Wu; imprimimos las tarjetas en Cantón.

El último día nos invitó a cenar el capitán de una cañonera inglesa fondeada en Shamian. Al capitán le gustaban las flores y tenía muchas en su minúsculo camarote, además de naranjos en macetas en los escasos metros de cubierta que rodeaban el cañón. Nos advirtió que había que tener mucho cuidado a la hora de comprar flores en los mercados cantoneses; a menudo sujetan con alambres las flores y también las raíces. En conjunto no tenía muy buena opinión de la honradez china.

La principal función de las cañoneras en tiempos de paz es proteger a los barcos británicos de los piratas. Las cañoneras tienen el fondo plano, metro y medio de calado y pueden navegar por el río con agilidad. Alcanzan los catorce nudos, aunque dicha velocidad no es aconsejable porque las lanchas arrastran a su paso las orillas del río y corren el riesgo de que los enojados campesinos les disparen para vengarse. Las cañoneras se construyen en Inglaterra y su viaje a Oriente constituye toda una aventura. Si hay mala mar, las remolcan con todas las escotillas cerradas; si reina la calma, se desplazan por sus propios medios.

La cena fue excelente, con caviar y vinos franceses. Captamos el destello de una existencia solitaria, formal y reservada; y nos preguntamos qué pensarían los oficiales navales americanos o franceses del



capitán, que era mucho más sutil y más inteligente de lo que daba entender su culto y atildado estilo a lo Bertie Wooster<sup>7</sup>. («La temporada de caza comenzó con una buena bolsa. Capturamos a cinco piratas, dos de ellos en el agua»). Cuando llegó la hora de marcharnos, el sampán del barco nos condujo a tierra. La anciana propietaria había decorado el techo de mimbre con fotografías de equipos de fútbol y de marineros ingleses.

Al día siguiente, 4 de marzo, partíamos de Cantón en tren en dirección a Hankou. El tren debía salir a las seis de la tarde. Antes fuimos a despedirnos al consulado británico. El cónsul no estaba muy contento. Nos dijo que el día anterior los japoneses habían bombardeado e interrumpido las vías ferroviarias. Los trenes tardaban entre cinco y siete días en hacer el viaje; a veces los viajeros tenían que bajar del tren y se veían obligados a pasar la noche en una remota aldea. Una dama que acababa de llegar de Hankou le aseguró que no volvería a hacer el viaje ni por diez mil libras. «Naturalmente, no pretendo desanimarlos», comentó el cónsul, sonriendo.

Afirmamos que no estábamos desanimados, que los ataques aéreos nos servirían de entretenimiento y que una noche en los arrozales nos proporcionaría excelente material. Sin embargo, cuando íbamos hacia la estación de Cantón, no dejé de contemplar el cielo con ansiedad. La noche era cálida y sin viento, el tiempo ideal para los japoneses.

En la carretera próxima a las vías había cientos de culíes humildemente agachados en la tierra; al parecer, no tenían intención de acceder al andén. En el último momento, cuando todas las personas de cierta relevancia estuviesen ya en el tren, les permitirían saltar la valla y emprender una desesperada carrera por las escasas plazas que quedaban en un vagón de ganado. Naturalmente, muchos se quedarían en tierra y varios se romperían un brazo o una pierna.

7. Personaje ficticio de la serie de diez novelas y varios cuentos de *Jeeves*, del autor británico P. G. Wodehouse. Bertie Wooster es un aristócrata menor al que salva de las situaciones más apuradas su fiel mayordomo Jeeves.

La estación era pequeña, sucia y estaba atestada de soldados. Olía muy mal. Un grupo de sonrientes policías, con elegantes uniformes negros y plateados, nos dio el alto. Pero no querían ver nuestros billetes ni siquiera nuestros pasaportes, sino que se limitaron a pedirnos una tarjeta de visita a cada uno. Alguien nos contó después que las tarjetas son los incentivos de los funcionarios, que las coleccionan; les gusta enseñárselas a sus esposas y presumir de las personas importantes que conocen.

Gracias a la influencia del gobernador Wu, nuestras reservas eran las mejores del tren: un compartimento de dos literas en el vagón de primera clase. Este vagón era casi el único del larguísimo tren cuyo techo estaba pintado con colores de camuflaje, lo cual nos llevó a especular sobre las ventajas e inconvenientes de nuestra supuesta invisibilidad desde el aire. Los funcionarios de la estación también debían de estar nerviosos porque la salida fue muy puntual. Mientras nos deslizábamos lentamente, los soldados y los policías se ponían firmes y nos saludaban desde el andén. Un pasajero (un joven pálido y tranquilo con nariz de galgo y el labio inferior saliente) inclinó la cabeza en señal de reconocimiento; sin duda, se trataba de un importante funcionario del gobierno. El efecto global era un tanto siniestro, como si uno contemplase su propio funeral militar desde el armón de artillería.

Nuestro tren resopló morosamente por las afueras y se adentró en los campos. A aquellas alturas del viaje bendije la cautela del maquinista, pues el cónsul había azuzado mi nerviosismo con historias de puentes mal reparados a base de estacas de bambú. No obstante, si los japoneses se acercaban, podíamos saltar por la ventanilla sin el menor riesgo. En el pasillo entablamos amistad con un director de banco chino que nos aseguró, que si todo iba bien, el tren tardaría sólo dos días y tres noches en llegar a Hankou. Nuestro ánimo mejoró considerablemente.

En realidad, vimos rastros de un único ataque aéreo en una pequeña estación en la que paramos poco después de anochecer. Había caído una bomba junto a la vía, y las ruinas de la sala de espera estaban esparcidas en torno al cráter provocado por el proyectil. Si había más

ruinas como aquélla, debimos de pasar junto a ellas tras acostarnos. Hubo muchas paradas y largas esperas. De noche viajábamos a mayor lentitud que de día.

En aquel tren no había restaurante, pero los camareros nos proporcionaron comida en abundancia. Incluso tenían un menú especial europeo. Lo rechazamos, tras probarlo una vez, porque era demasiado malo, hasta que el aburrimiento de la comida china nos hizo volver a él posteriormente. En cualquier caso, no teníamos mucha hambre.

A la hora del desayuno nos detuvimos en una estación de montaña junto al límite provincial de Guangdong y Hunan. Sobre la vía se alzaba un gran peñasco, envuelto en niebla. Los campesinos se acercaron a vender cestas de una fruta que parecían naranjas en miniatura. Desafiando los consejos que nos habían dado en Hong Kong sobre la disentería, comimos la fruta con piel incluida.

Durante todo el día recorrimos los fértiles valles del sur de Hunan, de colores sangrientos y bañados por los tórridos rayos del sol. Encantadores pueblos de casitas grises y blancas se arracimaban en torno a atalayas cuadrangulares que se parecían a las torres de las iglesias rurales inglesas. En los bosquedillos había grupos de casuchas y almiarés en torno a los troncos de árboles. Los arrozales ascendían por las suaves laderas, terraza a terraza, como bruñidos espejos que reflejaban el cielo. De vez en cuando se veían grupos numerosos de culíes trabajando en las vías. Cuando pasamos, uno le bajó los pantalones a un compañero, dejándolo con el trasero al aire a la vista de todo el tren.

Los camareros corrían por el pasillo con toallas calientes, cuencos de arroz y tazas de té. A medida que avanzaba el viaje, el té empeoraba y sabía cada vez más a pescado. Los dos guardias armados del pasillo (uno de los cuales no debía de tener más de doce años) se asomaban a nuestro compartimento para ver a los demonios extranjeros riéndose a carcajadas de chistes misteriosos, cantando con voz de falsete o imitando números de ópera, mientras nos balanceábamos rítmicamente en nuestros asientos y leíamos en alto libritos encuadernados en tela carmesí. El balanceo era un ejercicio que habíamos inventado en un vano intento

por prevenir el estreñimiento; los libros eran *Framley Parsonage* y *Guy Mannering*<sup>8</sup>. No nos gustaron demasiado. Admiramos la habilidad de Scott para prolongar la historia, y Trollope nos pareció aburrido. Por lo visto, sólo le interesaba el dinero y las terribles consecuencias de firmar una factura. En la mitad del segundo día habíamos acabado los dos libros. No teníamos nada más que leer y estábamos demasiado roncós para seguir cantando. El viaje ya no resultaba divertido.

Después de Changsha el tiempo se tornó nublado y mucho más frío. Los campesinos de las estaciones llevaban grandes turbantes, como las figuras de los cuadros bíblicos de Rembrandt. Los soldados caminaban penosamente, con sus pesados equipos, sosteniendo paraguas de papel. Entre las ráfagas de lluvia atisbamos retazos del inmenso lago Tung-ting. (Se me hace raro recordar que en Londres, sólo tres meses antes, había puesto el dedo en el atlas diciendo: «¿Llegaremos a un lugar tan lejano como ése?».)

Al día siguiente por la mañana llegamos a Wuchang. El termómetro había descendido durante la noche y, cuando salimos de la estación, nos enfrentamos a una azotadora ventisca. El paso elevado y los escalones de piedra que bajaban hasta el ferry resbalaban a causa del hielo. Los culíes se abalanzaron ciegamente sobre nosotros, con los rostros aviesos, tiznados de hollín y animalescos de los muy humildes, los moradores de las grietas más insignificantes de la sociedad, los ofendidos y los lastimados. El paraguas de papel de Auden se había roto bajo la tormenta y envolvía la cabeza de mi amigo como una especie de grotesco sombrero. Resbalando y maldiciendo, nos apelotonamos en la bodega del escorado navío y permanecemos inmóviles entre cestas de paja, rifles, soldados, campesinos y sacos. No era el momento de ponerse quisquillosos con las infecciones de piojos. En la lejana costa los edificios de Hankou se erguían tristes y negros bajo las pesadas nubes; ante nosotros se extendía el Yangtsé, una terrible corriente de olas amarillas y nieve deshecha. Parecía como si hubiésemos llegado al fin del mundo.

8. *Framley Parsonage* (1861) es el cuarto volumen de la serie *Las crónicas de Barsestshire*, de Anthony Trollope. *Guy Mannering o el Astrólogo* (1815) es de Walter Scott.